

RESUMEN COMPLETO

La divina comedia

de Dante Alighieri

La lámpara encendida

Un viaje por el más allá

La divina comedia es el gran poema de Dante Alighieri, un poeta florentino que lo escribió a principios del siglo catorce, durante su destierro. Cuenta un viaje imaginario: el propio Dante, en la Semana Santa del año mil trescientos, recorre los tres reinos de los muertos. Primero el Infierno, después el Purgatorio, y por último el Paraíso.

Dante lo llamó simplemente Comedia, porque empieza mal y termina bien. Fueron sus lectores los que le añadieron la palabra divina. El poema tiene cien cantos, divididos en tres partes, y está lleno de personajes reales: papas, reyes, poetas, amigos y enemigos del autor.

La selva oscura

El poema empieza con uno de los versos más famosos de la literatura: a la mitad del viaje de nuestra vida, me encontré en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto.

Dante, perdido, intenta subir a un monte iluminado por el sol. Pero le cortan el paso tres fieras: una pantera ágil de piel manchada, un león con la cabeza alta y un hambre rabiosa, y una loba flaca, cargada de deseos, que lo empuja de nuevo hacia la oscuridad. Son símbolos de los pecados que apartan al hombre del bien.

Entonces aparece una sombra. Es Virgilio, el gran poeta romano, autor de la Eneida, al que Dante admira como a su maestro. Virgilio le explica que no puede subir por ese camino, y que tiene que ir por otro: atravesar el Infierno y el Purgatorio. Y le cuenta quién lo envía: Beatriz, la mujer que Dante amó en su juventud, que murió muy jo-

ven y está ahora en el cielo. Al ver a Dante perdido, la Virgen pidió ayuda a santa Lucía, y Lucía fue a buscar a Beatriz.

Dante, conmovido, decide seguir a su guía.

La puerta del Infierno

Llegan a una puerta con una inscripción en letras negras: por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor. Y termina con la frase más terrible: oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza.

El Infierno de Dante tiene forma de embudo, un abismo inmenso que se hunde en la tierra en nueve círculos, cada vez más estrechos. Cuanto más grave es el pecado, más abajo está el castigo. Y cada castigo es un reflejo del pecado.

En la entrada están los indiferentes, los que nunca se comprometieron con nada, ni con el bien ni con el mal. Corren eternamente detrás de una bandera, picados por avispas. Ni el cielo ni el infierno los quieren.

Después llegan al río Aqueronte, donde el barquero Carón, un viejo de ojos de fuego, lleva las almas al otro lado.

Los primeros círculos

En el primer círculo, el Limbo, están los que no fueron bautizados, entre ellos los grandes sabios y poetas de la Antigüedad: Homero, Horacio, Ovidio, Aristóteles, Sócrates, Platón. No sufren tormentos, pero viven sin esperanza de ver a Dios. Allí vive también Virgilio.

En el segundo círculo, un viento furioso arrastra sin descanso a los que se dejaron llevar por la pasión amorosa. Allí Dante habla con Francisca de Rímini, que le cuenta cómo ella y su cuñado se enamoraron leyendo juntos un libro de caballerías, y cómo los mató el marido de ella. Dante siente tanta compasión que se desmaya.

Siguen los glotones, tendidos en el barro bajo una lluvia helada. Los avaros y los derrochadores, que empujan grandes pesos chocando unos contra otros. Y en la laguna Estigia, los iracundos, que se golpean entre sí en el fango.

La ciudad de Dite

Más abajo está la ciudad de Dite, con torres rojas como el fuego. Los demonios cierran sus puertas a Virgilio, y solo un mensajero del cielo consigue abrirlas. Dentro, los herejes yacen en sepulcros ardientes. Allí Dante conversa con Farinata, un político florentino que, incluso entre las llamas, mantiene su orgullo.

En el séptimo círculo están los violentos: contra los demás, sumergidos en un río de sangre hirviendo; contra sí mismos, convertidos en árboles secos; y contra Dios, bajo una lluvia de fuego. Allí Dante encuentra a su antiguo maestro, Brunetto Latini, y lo saluda con mucho cariño y tristeza.

El fondo del abismo

Para bajar al octavo círculo, montan sobre la espalda de un monstruo volador. Allí están los fraudulentos, repartidos en diez fosas: los seductores, los aduladores, los que vendieron cargos de la Iglesia, los adivinos con la cabeza vuelta hacia atrás, los hipócritas vesti-

dos con capas de plomo dorado, los ladrones mordidos por serpientes. Y Ulises, envuelto en una llama, que cuenta su último viaje más allá de los límites del mundo conocido.

El noveno círculo, el más profundo, no es de fuego, sino de hielo. Allí están los traidores, atrapados en un lago helado. Dante encuentra al conde Ugolino, que roe eternamente la cabeza del arzobispo que lo encerró en una torre con sus hijos para que murieran de hambre.

Y en el centro mismo del universo está Lucifer, un gigante con tres caras, hundido en el hielo hasta la cintura, que en cada boca mastica a uno de los peores traidores: Judas, Bruto y Casio. Dante y Virgilio bajan agarrándose a su pelo, atraviesan el centro de la tierra, y salen por fin al otro lado del mundo, a ver de nuevo las estrellas.

El monte del Purgatorio

El Purgatorio es una montaña altísima en medio del océano, en el hemisferio opuesto al nuestro. Allí las almas que se arrepintieron antes de morir se purifican de sus pecados, con esperanza, porque saben que algún día llegarán al cielo.

A la orilla los recibe Catón, un anciano venerable que guarda la entrada. Virgilio le lava a Dante la cara con el rocío, para quitarle el humo del Infierno.

Al pie de la montaña esperan los que tardaron en arrepentirse. Allí encuentra Dante a muchos amigos, y al poeta Sordello, que, al saber que Virgilio es de Mantua, como él, lo abraza con emoción. Ese abrazo provoca en Dante una amarga reflexión sobre Italia, dividida y en guerra.

Las siete cornisas

Un ángel abre la puerta del Purgatorio y graba en la frente de Dante siete marcas, una por cada pecado capital. La montaña está dividida en siete cornisas, y en cada una se purifica un pecado: la soberbia, la envidia, la ira, la pereza, la avaricia, la gula y la lujuria. Los soberbios caminan doblados bajo grandes piedras. Los envidiosos tienen los ojos cosidos. Los perezosos corren sin descanso. Al terminar cada cornisa, un ángel borra una de las marcas de la frente de Dante, y la subida se hace más ligera.

En el camino se les une el poeta latino Estacio, que acaba de terminar su purificación, y que cuenta, emocionado, que fue la poesía de Virgilio la que lo llevó a la fe.

Para llegar a la cima, Dante tiene que atravesar un muro de fuego. Tiene miedo. Virgilio lo convence diciéndole que, al otro lado, está Beatriz.

El paraíso terrenal

En la cima de la montaña está el paraíso terrenal, el jardín donde vivieron Adán y Eva. Allí Virgilio se despide. Le dice a Dante que ya es libre, dueño de sí mismo, y que puede seguir solo. Virgilio, que vivió antes de Cristo, no puede ir más allá.

Junto a un río, Dante ve a una dama hermosa, Matilde, que canta y recoge flores. Después aparece una procesión maravillosa, con un carro triunfal tirado por un grifo. Y sobre el carro, cubierta con un velo, aparece Beatriz.

Dante se vuelve para buscar a Virgilio, y ya no está. Beatriz le reprocha con severidad que, después de su muerte, se apartara del buen camino. Dante llora arrepentido. Después lo sumergen en el río Leteo, que borra el recuerdo de los pecados, y bebe del río Eunoe, que renueva el recuerdo del bien. Ya está preparado para subir a las estrellas.

El Paraíso

En el Paraíso, Dante sube con Beatriz a través de los cielos que giran alrededor de la tierra: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, las estrellas fijas y el primer móvil. En cada cielo se le aparecen las almas de los bienaventurados, convertidas en luces que cantan y bailan.

En la Luna encuentra a Piccarda, una monja a la que sacaron del convento a la fuerza. Le pregunta si no desea un lugar más alto en el cielo, y ella le responde que en la voluntad de Dios está su paz.

En el cielo del Sol, los grandes sabios cuentan la vida de san Francisco y santo Domingo. En el de Marte, Dante encuentra a su tatarabuelo, Cacciaguida, un caballero que murió en las cruzadas. Él le profetiza su destierro de Florencia: probarás, le dice, cuán amargo es el pan ajeno, y qué duro es subir y bajar las escaleras de otros. Y le pide que, al volver, cuente todo lo que ha visto, sin miedo.

En el cielo de las estrellas fijas, san Pedro, Santiago y san Juan examinan a Dante sobre la fe, la esperanza y el amor.

La rosa celeste

Por fin llegan al Empíreo, el cielo más allá de todos los cielos, hecho de pura luz. Allí Dante ve a todos los bienaventurados sentados en forma de una inmensa rosa blanca. Beatriz vuelve a su lugar en la rosa, y su sitio como guía lo ocupa san Bernardo.

Bernardo eleva una oración a la Virgen María, pidiendo que Dante pueda ver a Dios. Y Dante levanta los ojos. Ve tres círculos de luz, del mismo tamaño y de distinto color, que son uno solo, y en ellos una imagen humana. Intenta comprender ese misterio, como el geómetra que quiere medir el círculo. Y en ese momento, un relámpago ilumina su mente.

Ahí le falta la fuerza a su fantasía. Pero su deseo y su voluntad ya giraban, como una rueda, movidos por el amor que mueve el sol y las demás estrellas. Con ese verso termina el poema.

El viaje de cada uno

La divina comedia es mucho más que una descripción del más allá. Es la historia de un hombre perdido que, con ayuda, encuentra el camino. Es una enciclopedia de la Edad Media, un ajuste de cuentas con la política de Florencia, y un inmenso poema de amor a Beatriz. Por eso, siete siglos después, se sigue leyendo como lo que es: el viaje de un alma desde la oscuridad hasta la luz.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.